

## VI

(Con voz desfallecida.)

Lamaré.—¿Mozo?—Aquí.—Pero estoy loca;  
¿cómo han de oír los ecos de mi duelo,  
si ya tengo en la boca  
la lengua como un témpano de hielo?

(Besando el anillo.)

Ve tú, querida prenda  
del único amor mío,  
y al mozo de esa tienda,  
á quien no puedo ver sin sentir frío,  
le dirás que, por Dios, presto, muy presto,  
le lleve pan á Ernesto,  
que él en cuanto oiga ruido,  
con la boca entreabierta,  
se acercará á la puerta  
como se asoma un pájaro á su nido.  
¡Corre! ¡corre! Que él viva aunque yo muera.  
¡Cuán débil estoy ya!... ¡Si yo comiera  
algún poco de pan, me aliviaría!  
¡Pan! ¡pan! ¡Pobre María,  
para el hijo de mi alma lo quisiera!  
Pero, Señor, ¿qué es esto?  
Esto es que muero de hambre aquí entre el lodo.  
¡Ernesto!... ¡Anillo mío!... ¡Ernesto!... ¡Ernesto!  
¡Adiós!... ¡Os dejo á entrambos!... ¡Adiós todo!...

(Muere.)

## LOS AMORES DE UNA SANTA

## CARTA PRIMERA

## EL AUTOR A FLORENTINA

El autor escribe á Florentina, á quien sacó de un convento por encargo de su familia, para que le dé noticias de una monja misteriosa llamada Carmela del Castillo, la cual entre la comunidad gozaba de opinión de santa.

## I

Por esta que te escribo, Florentina,  
verás que, fiel á mi galante historia,  
no es tu nombre, como otros, una ruina  
que en el polvo enterré de mi memoria.

## II

¿Te acuerdas? Soy aquel que, si no miente  
el cronicón de las memorias mías,  
te amó, más bien ausente que presente,  
uno... dos... justamente...  
te amó un año, dos meses y tres días.  
¡Yo amar! ¡Yo amar! No sé cómo te diga  
que aquel joven de ayer ya es un anciano,  
que para ir á buscar á alguna amiga  
se apoya en la pared con una mano.  
Y aunque echo mal la cuenta  
de los años que escondo,  
y después que he cumplido los sesenta  
di una vuelta en redondo,  
volviéndome otra vez á los cuarenta,  
es lo cierto que hoy día,  
si he de hablarte en conciencia,  
soy un viejo muy viejo en la apariencia,  
y en realidad más viejo todavía;  
y del mundo aburrido,  
al marcharme á morir en el olvido,  
renuncié á los placeres,  
del todo arrepentido  
de haber siempre querido  
con algo de mal fin á las mujeres.



## III

Aun recuerdo la insólita ventura  
del día en que, al dejarte de clausura,  
dejando mi virtud acrisolada,  
te entregué á tus parientes bella y pura,  
es decir, *sana, salva y perdonada*.  
¡Con qué honradez y natural sosiego  
te acompañé aquel día,  
aunque era en julio, y de emociones ciego  
al marchar junto á ti, me parecía  
un rescoldo la tierra, el aire fuego!  
Hoy de seguro causará tu espanto  
el que un galán que te admiraba tanto  
no te hablase de amor, ni mucho menos;  
y eso que, al verte, pecaría un santo,  
á no ser algún santo de los buenos.

## IV

Ya sé que te han contado  
que, en mis vicios constante,  
como eterno estudiante,  
continúo obstinado  
en buscar á la gloria un consonante,  
procurando en mis versos, como Dante,  
gustar á las mujeres del mercado;  
y que, mal rimador y vil prosista,  
por la bondad de mi feliz estrella,  
aunque indocto humanista,  
siempre es el arte mi pasión más bella,  
y eso que soy, como moderno artista,  
un soldado de honor racionalista,  
que muere por la gloria y no cree en ella.  
¡Sí!, mientras voy con el mayor cuidado,  
entre burlas y veras,  
de mi antiguo tejado  
tapando las goteras  
con trozos de papel en que he trazado  
las más santas quimeras,  
de mis días risueños  
va cortando las alas de los sueños  
la maldita razón con sus tijeras.  
Y por eso, ya incrédulo ó cansado,  
para no ser ó preso ó excomulgado,  
voy sorteando á la Iglesia y al gobierno,  
poniendo con cuidado  
un pie en lo temporal y otro en lo eterno.

## V

Mas, suponiéndote harta  
de oír tanta miseria,  
para acortar mi carta,  
dejando todo exordio, entro en materia:  
después de tu salud, saber deseo  
la historia de una Sor que, según creo,  
á un joven militar rico y honrado  
le dejó tan plantado  
como yo, cuando vuelvo de paseo,  
me dejo las acacias en el *prado*.  
¿Cuál era el nombre de la monja aquella?  
¿Era fea? ¿Era bella?  
Quiero hacer un poema de su historia,  
ya que hoy topé con el recuerdo de ella  
en un viejo rincón de mi memoria.  
En el solemne día  
en que fuí á romper con honra mía  
por orden de tus padres tu clausura,  
cuando acaso envidiando tu ventura  
todo un corro de monjas me veía  
con esa candorosa bobería  
con que contempla un aldeano á un cura,  
—¿Quién me daría un libro?—de repente  
grité al corro embobado y reverente.  
Y una monja, cubierta con un velo,  
solicita á mi anhelo,  
—¿De qué clase?—me dijo cortesmente,  
con el aire triunfal de una romana.  
—La clase me es del todo indiferente,—  
me atreví á replicar,—pues solamente  
suelo leer para dormirme, hermana.—  
Y al volver con dos tomos en la mano,  
me dijo, hecha una sábia, de este modo:  
—¿Queréis un libro místico ó profano?  
—Me es igual—contesté;—todo está en todo.  
—Pues, si todo está en todo, ahí va cualquiera—  
me replicó, arrojándome una guía  
con la acre mansedumbre de una fiera.  
Y al irme yo á quedar, mientras leía,  
dormido como un santo de madera,  
oí que te decía:  
—Á ese ilustre jumento  
que ha venido á sacarte del convento,  
le son indiferentes, por lo visto,  
el *Angel sin igual de las escuelas*,  
la *Imitación de Cristo*,  
ó *El arte de tocar las castañuelas*.—



## VI

¡Jumento! Fué muy justa su sentencia,  
 pues aunque yo, sin lágrimas, lo lloro,  
 de moral y de ciencia  
 en la humana experiencia  
 hallé tan gran tesoro,  
 que será un pozo de virtud y ciencia  
 el que llegue á saber lo que yo ignoro.  
 Mas, respondiendo al juicio  
 que hizo de mí la Sor ultra-dengosa  
 con sus aires de-reina en ejercicio,  
 hoy en verso y en prosa  
 le probaré que ella es, más que otra cosa,  
 una monja cansada de su oficio.  
 ¡Ah, no! No es de un jumento la existencia  
 del que en larga, aunque estéril, enseñanza,  
 bebió el opio del arte y de la ciencia;  
 y que, al fin, cada grano de experiencia  
 le ha costado cien onzas de esperanza,  
 y además mil arrobas de paciencia!

## VII

¡Adiós! ¡adiós!; y espero que me pruebes  
 que aun cuentas como amigo  
 á aquel bribón que cometió contigo  
 el cuerdo error de unas locuras breves;  
 el que tanto te quiere y te ha querido,  
 que soñó una mañana  
 que se echaba por ti de una ventana,  
 quedando, si no muerto, mal herido;  
 que á Dios le pide y conseguir espera  
 que convierta tu invierno en primavera,  
 mientras él, moribundo,  
 combate con paciencia verdadera  
 la gota, esa constante compañera  
 de todos los felices de este mundo.

## VIII

Oye esto bien: de todas mis amantes,  
 sólo de ti me acuerdo;  
 y es que ya, como el héroe de Cervantes,  
 después de vivir loco, muero cuerdo.  
 Pero antes de ser cuerdo, locamente  
 con el candor de un niño

hoy beso con cariño  
 el pedazo de cielo de tu frente;  
 pues créelo, vida mía,  
 desde que te idolatro,  
 de las horas del día  
 duermo doce, y te quiere veinticuatro,  
 tu amigo y algo más, *Ramón María*.

## CARTA SEGUNDA

## FLORENTINA AL AUTOR

Florentina, la ex novia, le remite al autor las cartas de Carmela,  
 la monja protagonista del poema.

## I

¿Recuerdas la persona  
 de la gran Catalina?  
 pues eso es hoy tu amiga Florentina:  
 fea, adulta, pequeña y gordinflona.  
 Soy ya la más vulgar de las mujeres  
 é indigna de tus frases ardorosas.  
 ¡Tú amar! ¡tú amar! Hasta creeré, si quieres,  
 que, aunque no un genio en tus ficciones, eres  
 un poeta de acciones generosas;  
 pero siempre diré que son mentira  
 tus viejas ilusiones amorosas.  
 ¡Amar cuando la vida se retira!...  
 ¿No he de dudar un poco de estas cosas  
 yo que leí las *Ruinas de Palmira*?

## II

¡Infiel! aunque lo dudes,  
 nunca he sido á tu amor indiferente;  
 y como sólo soy por mis virtudes  
 una mujer de hielo exteriormente,  
 hoy mismo, al comentar tus desatinos,  
 turbada y con más fuerza que donaire,  
 agito el abanico, haciendo un aire  
 que podría mover cuatro molinos.  
 ¿Tú amarme? ¿Será cierto?  
 De escucharlo, mi frente soñadora,  
 que vive aún sobre mi cuerpo muerto,  
 con su espíritu árabe está ahora  
 en lo más abrasado del desierto;



y aunque soy virtuosa  
 como una actriz que hace el papel de santa,  
 no extrañaré que, extática y nerviosa,  
 me dé una amigdalitis amorosa  
 que me extinga la voz en la garganta,  
 al ver cuán cariñoso y cuán risueño  
 me recuerda mis tiernas alegrías  
 aquel que, siendo el dueño  
 de las entrañas mías,  
 fué de mis noches el constante sueño  
 y la ambición eterna de mis días.

## III

¿Conque por burla singular del hado,  
 ya es la cara del hombre que me escribe  
 un espejo empañado  
 que no vuelve la imagen que recibe?  
 El tiempo á nuestra edad no pasa en vano;  
 tu vejez á la mía sobrepuja;  
 mas yo en mal genio y en fealdad te gano.  
 Si todo hombre, ya viejo, es un anciano,  
 toda mujer puede acabar en bruja.  
 No me causa extrañeza  
 que un cuerpo tan traído y tan llevado  
 parezca en lo averiado  
 que ha servido á otras almas de corteza.  
 Pero ¿y yo?, pero ¿y yo? Si tú eres viejo,  
 á mí me desconsuela  
 el mirar que mi cara en el espejo  
 ya parece el reflejo  
 del rostro octogenario de mi abuela.

## IV

Como te iba diciendo,  
 recuerdo con tristeza  
 la tarde aquella en que te estaba viendo  
 recostado en un poyo, y cometiendo  
 el pecado mortal de la pereza.  
 El dormirse leyendo  
 será muy natural; pero ¿qué quieres?  
 es uno de los casos más extraños  
 ver á todo un Prefecto, de treinta años,  
 roncando en un convento de mujeres.  
 Mas, haciendo á tus méritos justicia,  
 declaro que, en la tarde de que te hablo,  
 probaste á la malicia

que puede vigilar á una ex novicia  
 el Angel de la Guarda en vez del diablo.  
 ¡Honor á ti, que, ardiente y en verano,  
 en la ocasión suprema,  
 ni intentaste besar mi blanca mano,  
 aunque en las luchas del amor humano  
 encontráis natural, dado el sistema,  
 que se coma á una tórtola un milano!

## V

Pensé en ti muchos meses. Pero un día  
 me amó un primo artillero;  
 y como soy una mujer que fría  
 pongo en mis ojos el amor que quiero,  
 con mezcla de cristiana y de judía  
 me casé con el primo y su dinero,  
 porque aprendí de una mujer astuta  
 que, aunque sea del todo verdadero,  
 nunca es muy duradero  
 el amor que bebe agua y come fruta.  
 Pero ¡ay!, muerto mi esposo, me contaron  
 que alguna vez, para aliviar sus penas,  
 sus ojos ¡ah, traidor! se equivocaron,  
 y á menudo miraron  
 en vez de su mujer, á las ajenas.  
 Mas ¿qué ley autoriza estos horrores?  
 A todos tus lectores  
 les gustan las enormes pecadoras;  
 y, en cambio, tus lectoras  
 se prendan de los grandes pecadores;  
 lo que prueba que somos, en amores,  
 número igual traidores y traidoras.  
 Por esto, escarmentada, no he podido  
 caer en la torpeza  
 de volver al altar, pues ya he sabido  
 que la mayor belleza  
 se casa para ver á su marido  
 hecho un tronco dormido  
 con gorro de algodón en la cabeza.  
 ¿Quién comete el estúpido heroísmo  
 de exponerse á un segundo desencanto,  
 después que ha descubierto con espanto  
 que sois todos los hombres uno mismo,  
 y que, por ser tan santo,  
 es el rezo nupcial un exorcismo  
 que hace huir al diablillo del encanto?



## VI

En fin, á tus deseos obediente,  
 va adjunto el expediente  
 de dos ángeles tiernos,  
 que han hecho en su cabeza santamente  
 unos viajes de amor á los infiernos.  
 En las cartas que envió  
 hallarás las razones  
 de por qué tan hermosos corazones  
 vivieron con amor y en el vacío;  
 y notarás también con qué cuidado,  
 por motivos de honor particulares,  
 he omitido ó alterado  
 nombres, fechas, sucesos y lugares;  
 y en cuanto á aquella Sor del velo oscuro  
 á quien tanto calumnias, te aseguro  
 que tenía el encanto inexplicable  
 de que, viendo lo real abominable,  
 nunca halló lo ideal bastante puro.  
 Dejó á un novio, es verdad; mas se adivina  
 que, al faltar por ser monja á un juramento,  
 no fué por inconstancia femenina.  
 La causa la sabrás al fin del cuento.  
 Como á todas nosotras nos fascina  
 ó la toca monjil ó el casamiento,  
 cuando Dios no nos lleva al Sacramento  
 del viejo matrimonio,  
 como hizo á Ofelia Hamlet, un demonio  
 nos manda á las mujeres al convento.  
 Sólo yo, como escéptica viüda  
 que en cuestiones de amor de todo duda,  
 para fijar mi suerte  
 ni me quiero casar ni gastar toca;  
 y pues soy, por desprecio al sexo fuerte,  
 una mujer más dura que una roca,  
 voy á ver si me toca  
 ser la excepción de un juicio sin segundo,  
 hoy que un inglés va recorriendo el mundo  
 buscando una mujer que no esté loca.

## VII

¿Conque estás, según veo,  
 atacado del reuma y otros males?  
 Pues ten paciencia, hermano, porque creo  
 que quien, cual tú, todo lo dió al deseo,  
 de todas sus fatigas corporales

no debe echar la culpa al jubileo.  
 El reuma y el hastío que maldices,  
 son las plagas felices  
 con que el cielo, irritado,  
 castiga á ciertos seres;  
 Salomón, circundado  
 de seiscientas mujeres  
 todas alegres, dóciles y hermosas,  
 se retiró del mundo y sus placeres  
 proclamando la nada de las cosas.

## VIII

Y doy punto final, pues no hallo justo  
 que turbe yo con las tristezas mías  
 la salud y las viejas alegrías  
 de un hombre como tú, que está robusto,  
 y come, y come bien todos los días.  
 Se me acaba la luz y me despido,  
 haciéndote saber que á Dios le pido  
 que le dé, si es posible, más reposo  
 al hombre que, dichoso,  
 de pasarlo tan bien, vive aburrido;  
 mientras yo aquí olvidada,  
 quedo muy ocupada  
 en el quehacer plebeyo  
 de arreglar una funda  
 á unos muebles del tiempo de Pompeyo  
 que los perdió con la batalla en Munda.

## IX

No olvides que tu letra es un remedio  
 para este esplín que á ratos me entristece  
 y que, á pesar del tedio  
 que con mis años crece,  
 cuando veo tus cartas, me parece  
 que me quito de encima siglo y medio.  
 Por Dios, que al escribir á tu ex futura,  
 si no me quieres ya, no me lo digas;  
 pues aunque sea mi mayor locura,  
 prefiere á tu desdén la sepultura  
 la más boba y mejor de tus amigas,  
*Florentina Segura de Segura.*



## CARTA TERCERA

DE CARMELA A PABLO

Carta de Carmela, en la cual le participa á Pablo, su amante, que ha profesado, mas sin decirle los motivos secretos que ha tenido para hacerlo.

## I

Quien tanto te esperó, ya no te espera.  
Obedezco al destino, aunque me qu-jo.  
No me preguntes hoy porque te de-jo.  
La causa la sabrás cuando yo muera.

## II

Ya sé que, al profesar, lleno de luto  
el alma de un perfecto caballero  
que presiente y adora lo absoluto  
de lo bueno, lo bello y verdadero.

## III

Mas la suerte es más móvil que la luna  
y es quererla fijar empeño vano.  
No hay libertad. Todo poder humano,  
bueno ó malo, es un golpe de fortuna.

## IV

Ya ves que no disculpo mis traiciones,  
aunque sé, como todas las mujeres,  
que en materia de amores y placeres  
para obrar sin razón siempre hay razones.

## V

Respeto mi sagrado juramento.  
¿Seré yo la primera que afligida,  
por miedo á los pesares de la vida,  
sin tener vocación se fué á un convento?

## VI

No me vuelvas á ver, pues sé que quieres  
penetrar el dolor que me atormenta,  
y el alma es una luz que en las mujeres  
á través de su piel se transparenta.

## VII

Ya está sin remisión la suerte echada,  
pues por causas mejores ó peores  
se ha cerrado mi alma á los amores  
lo mismo que una iglesia excomulgada.

## VIII

Mientras Dios de la vida me destierra,  
á ti, dando al olvido mi memoria,  
te quedan otro amor, la fe y la gloria,  
las grandes ilusiones de la tierra.

## IX

No aspire, ciego, á la esperanza vana  
de alcanzar la ventura un solo día.  
¿No conoces que el mundo algo valdría  
si fuera una verdad la dicha humana?

## X

Pero ¡ay de mí!, mi corazón no alcanza  
á desterrar de sí tu pensamiento,  
por más que en los umbrales del convento  
arrojé á puntapiés á la esperanza.

## XI

¡Ilusa! ¿Querrás creer que aunque valiente  
entierro en flor las esperanzas mías,  
aun pienso que aquel sol de aquellos días  
alumbrará mi vida eternamente?

## XII

Aun en sueños extática te llamo,  
y en todas las ventanas del convento  
empaño los cristales con mi aliento  
para escribir en ellos: «¡Te amo! ¡Te amo!»

## XIII

Yo te quise olvidar, y no he podido;  
mas tal vez me dé el claustro horas serenas,  
aunque corre una sangre por mis venas  
más ardiente que el plomo derretido.



## XIV

Doy, llorando, la eterna despedida  
á nuestro amor de un día, al que reemplazan  
las dos eternidades que se enlazan  
al principio y al fin de nuestra vida.

## XV

¡Cuánto angustia la eterna divergencia  
de estas cosas humanas y divinas,  
que dan grandes batallas submarinas  
en el fondo del mar de la conciencia!

## XVI

El valor me abandona, cuando veo  
que, ni orando, mi espíritu se exalta.  
No tengo de la fe más que el deseo.  
¿Y la gracia de Dios? Esa me falta.

## XVII

¡Que se incline mi espíritu, Dios mío,  
del santo amor por la inmortal pendiente,  
pues, así como al mar corre la fuente,  
la fe es al alma lo que el cauce al río!

## XVIII

Vine á buscar la dicha, y es lo cierto  
que, presa de ese amor que nunca olvida,  
está el rincón que ocupó en esta vida  
más triste que el lugar donde hay un muerto.

## XIX

Lucho y lucho con bárbaro heroísmo,  
pero, luchando, es mi tortura tanta,  
que aparto con las manos ahora mismo  
la sangre que se agolpa á mi garganta.

## XX

¡Dad ánimo, Señor, á la que tierna  
siente en su pecho ese anhelar profundo  
que da por una dicha de este mundo  
las dichas todas de la vida eterna!

## XXI

La acción de mi tremendo sacrificio  
ha de ser por los ángeles cantada  
hasta después que terminado el Juicio  
circule en paz la tierra despoblada.

## XXII

¡Adiós! Oigo en el templo el *Miserere*.  
¡Voy á pedir por mi eternal reposo,  
herida como el héroe religioso  
que cae, mira al cielo, reza y muere!

## CARTA CUARTA

## DE CARMELA A FLORENTINA

Carmela escribe á su amiga Florentina que atrayendo á Pablo frecuentemente al convento por medio de su habilidad en el canto, consigne que no la olvide.

## I

¡Con qué placer tan grande te lo cuento!  
Víctima fiel de las memorias mías,  
para escuchar mi acento,  
el sol de mis primeras alegrías  
acude á presenciar todos los días  
los oficios divinos del convento;  
y yo que, aunque soy monja rigorista,  
sin faltar á las leyes del decoro,  
por mis fueros de artista  
puedo bien desde el coro  
ser oída y oír, ver sin ser vista,  
le atraigo dulcemente  
con el arte bendito  
que sin formas ni líneas, vagamente  
consigue en lo interior de cuanto siente  
juntar lo indefinido á lo infinito;  
y aunque ayer contagiado  
de mi canción por el ardiente fuego  
me oía embelesado,  
aguzando el oído como un ciego,  
pasó nuestra pasión desconocida  
para el alma dormida  
de estas monjas honradas,